

frescas que no habían combatido y dar de nuevo comienzo al ataque con más vigor. Viendo entonces que subía la marea, y enterado por pescadores de Tarragona, que habían recorrido la laguna, en tanto en barquillas, en tanto á pie, cuando éstas tocaban al fondo, que en el momento del reflujo podía llegarse fácilmente á vado hasta el pie de las murallas, el mismo llevó allí una parte de sus tropas. Encontrábanse en medio del día, y cuando las aguas del estanque seguían ya el movimiento natural de la marea, levantándose viento norte, las rechazó con mayor violencia, quedando tan descubiertos los vados, que en algunos puntos, los soldados solamente tenían agua hasta la cintura y en otros apenas les llegaba á las rodillas. Convirtiendo Escipión en prodigio un acontecimiento que su prudencia había previsto y determinado, lo refiere á los dioses que obligaban al mar á retroceder para dar paso á los romanos, haciendo desaparecer las lagunas y abriéndoles un camino hasta entonces impracticable á los mortales, por lo que mandó á los soldados que siguiesen á Neptuno, que se había hecho su guía, y que marchasen á través de las aguas hasta el pie de las murallas.

Por tierra el ataque era extremadamente difícil, no sólo por la altura de las murallas, sino porque los asaltantes estaban descubiertos por dos lados, quedando sus flancos más expuestos á los golpes que el mismo frente. Pero por mar, los quinientos hombres enviados para este ataque, atravesaron la laguna sin trabajo y llegaron en seguida á lo alto de la muralla, que en aquel punto no estaba fortificada, porque la naturaleza del terreno y la barrera de agua la habían hecho considerar inexpugnable; por lo que no habían colocado guardias, ni centinelas, atentos sólo á defender el punto que veían más amenazado. Los romanos penetraron, pues, sin obstáculo en la ciudad, y corrieron apresura-

damente hacia la puerta donde se habían reconcentrado los esfuerzos de los dos bandos; allí encontraron los ánimos, los ojos y los oídos de los combatientes y espectadores que les animaban con gritos, de tal manera ocupados en la pelea, que ninguno se dió cuenta de la toma de la ciudad, hasta sentir los venablos que les hierian por la espalda y verse entre dos cuerpos enemigos. Turbados por el terror los sitiadores, abandonaron las murallas que defendían y los romanos se apoderaron de ellas. Al mismo tiempo cedió la puerta bajo los simultáneos golpes de dentro y fuera; separaron rápidamente los restos que podían estorbar la entrada, y los soldados se precipitan en la ciudad. Gran parte de ellos atraviesan la muralla y se desparraman para degollar á los habitantes, mientras que los que entraron por la puerta marchan en batalla con sus jefes, y sin dejar las filas llegan hasta el Foro. Viendo Escipión que los enemigos se dividían en su fuga y que corrían, unos hacia la eminencia que mira al Oriente, defendida por quinientos hombres, y otros hacia la fortaleza donde el mismo Magón se había refugiado con casi todos los soldados rechazados de las murallas, envía una parte de sus tropas á atacar la altura y lleva la otra contra la fortaleza. La altura la tomaron al primer choque: en cuanto á Magón, trató al principio de defenderse, pero cuando se vió rodeado por todas partes, y sin esperanza de poder resistir, se rindió con la fortaleza y la guarnición. Hasta que éstos se rindieron, la ciudad estuvo entregada al degüello sin perdonar á ninguno de cuantos habían encontrado en edad de pubertad: una señal hizo cesar la matanza, y los vencedores comenzaron el saqueo, que produjo inmenso botín. Quedaron prisioneros cerca de diez mil hombres libres; pero Escipión dejó en libertad á los que eran de Cartagena, devolviéndoles su ciudad y todo lo que pudo

escapar del saqueo. Los artesanos se elevaban á dos mil, y los declaró esclavos del pueblo romano, con esperanza de recobrar muy pronto la libertad, si con celo contribuían en sus oficios á los trabajos de aquella campaña. El resto de los habitantes, jóvenes aún, y los esclavos en el vigor de la edad, le sirvieron para reclutar las tripulaciones de la flota, que había reforzado con ocho naves tomadas al enemigo. Además de esta multitud, encontró los rehenes de España, cuidando de ellos como si fuesen hijos de sus aliados. Esta conquista puso además en su poder extraordinaria cantidad de máquinas de guerra: ciento veinte catapultas de las más grandes, doscientas ochenta y una más pequeñas, veintitrés balistas grandes, cincuenta y dos pequeñas, extraordinario número de escorpiones grandes y pequeños, de armas ofensivas y defensivas y setenta y dos enseñas. Presentaron también al general considerable cantidad de oro y plata; doscientas setenta y seis copas de oro, casi todas de una libra de peso, diez y ocho mil trescientas libras de plata, tanto en monedas como en vajilla y gran número de vasos del mismo metal. Todos estos objetos se entregaron al pretor C. Flaminio, que los tomó á peso y cuenta. Encontráronse también cuarenta mil modios de trigo y doscientos setenta mil de cebada. En el puerto fueron forzadas y capturadas sesenta y tres naves, algunas con su cargamento, compuesto de trigo, armas, cobre, hierro, velas, cordajes y otras jarcias necesarias para el equipo de flotas; de manera que, de tantos objetos preciosos como la victoria ponía en sus manos, Cartagena era el menos importante. Aquel mismo día, dejando Escipión la custodia de la ciudad á C. Lelio y los soldados de marina, llevó él mismo las legiones al campamento para que tomasen allí el descanso y el alimento que necesitaban, habiendo ex-

perimentado en un solo día todas las fatigas de la guerra. En efecto, primeramente habían librado un combate regular, en seguida arrostrado, para tomar la ciudad, todos los trabajos y peligros; y, hasta después de apoderarse de ella, habían tenido que combatir en posición desventajosa contra aquellos enemigos que se habían refugiado en la fortaleza. A la mañana siguiente, reunidas las tropas de tierra y mar, Escipión comenzó por dar gracias á los dioses por haber sometido á su poder en un solo día la ciudad más floreciente de España, y sobre todo por haber reunido allí de antemano casi todas las riquezas de España y de África; de tal manera que, al reducir al enemigo á la desnudez más completa, le ponían á él y á los suyos en el seno de la abundancia. En seguida colmó de elogios el valor de los soldados, á los que no había podido detener ni la brusca salida de los sitiados, ni la elevación de las murallas, ni el paso de una laguna desconocida, ni la imponente situación de un fuerte colocado en una altura, ni el aspecto de una fortaleza defendida por fuerte guarnición, no habiéndose presentado obstáculo que no salvasen ó derrivasen. Todos tenían indudablemente igual derecho á su gratitud; pero el honor de la corona mural se debía especialmente al que primero hubiese subido á la muralla. El que creyere que había merecido aquella recompensa, no tenía que hacer otra cosa que nombrarse. Presentáronse dos: Q. Trebelio, centurión de la cuarta legión, y Sex. Digicio, soldado de la flota. El debate fué menos vivo entre los dos pretendientes que entre los dos ejércitos, defendiendo cada uno el honor del cuerpo. C. Lelio, comandante de la flota, favorecía las tropas de marina; M. Sempronio Tuditano, á los legionarios. Viendo que la contienda casi iba á convertirse en sedición, Escipión nombró tres comisarios encargados de examinar el asunto, y de decidir con cono-

cimiento de causa y después oír á los testigos, cuál de los dos competidores había subido primero. De estos comisarios, C. Lelio y M. Sempronio estaban interesados en la cuestión, siendo neutral P. Cornelio Caudino: reuniéronse y comenzaron á informarse del asunto; pero su intervención sirvió para envenenar la cuestión, porque menos les consideraron como abogados de los que aspiraban á tan alto honor, que como árbitros encargados de moderar el ardor de los dos partidos. Entonces C. Lelio, abandonando el consejo, se acercó al tribunal de Escipión y le dijo: «los soldados no conservan freno ni moderación y están á punto de llegar á las manos. Que aun cuando se abstudiesen de toda violencia, nada podía producir ejemplo tan funesto como una discusión cuyo objeto era conseguir por fraude y perjurio un honor que solamente se debía al mérito. Las legiones de una parte y los soldados de marina de otra, estaban, por decirlo así, frente á frente, dispuestos á hacer en nombre de todos un juramento más conforme con su pasión que con la verdad, y á exponer á las consecuencias de su perjurio, no solamente sus cabezas, sino las enseñas militares, las águilas romanas y la religión del juramento. Apresurábase, de acuerdo con P. Cornelio y M. Sempronio, á hacer esta advertencia á Escipión.» Aplaudió éste la prudencia de Lelio, convocó la asamblea y manifestó «que estaba bien informado de que Q. Trebelio y Sex. Digicio habían subido al mismo tiempo al asalto, y que los dos, en recompensa de su valor, iban á recibir de él la corona mural.» En seguida distribuyó al resto del ejército regalos proporcionados á los servicios y al valor de cada uno; y ante todo, queriendo compartir con C. Lelio, jefe de la flota, el honor del triunfo, le regaló una corona de oro y treinta bueyes.

Hecho esto, mandó llamar los rehenes españoles, cuyo número no me atrevo á consignar, porque unos los ele-

van á trescientos y otros hasta setecientos veinticinco. Tampoco están más conformes los historiadores acerca de las otras circunstancias. Según uno, la guarnición cartaginesa constaba de diez mil hombres; según otro de siete mil, y un tercero asegura que de dos mil á lo sumo. Un autor habla de diez mil prisioneros, y otro de más de veinticinco mil. Si creemos al historiador griego Sileno, se cogieron sesenta escorpiones grandes y pequeños. Valerio Ancias los eleva hasta seis mil grandes y trece mil pequeños: ¡tan poco trabajo cuesta á veces mentir! Tampoco están de acuerdo acerca del nombre de los jefes: la mayor parte dan el mando de la flota á C. Lelio, algunos á M. Junio Silano. Según Valerio Ancias, Arino estaba al frente de la guarnición cartaginesa, y este fué el que se rindió á los romanos; otros escritores aseguran fué Magón. Iguales diferencias de opinión hay acerca del número de naves cogidas, sobre la cantidad de oro y de plata y lo que se obtuvo de la venta. En el caso de adoptar un partido, el término medio sería el más verosímil. Volviendo á los rehenes, Escipión que les había mandado llamar, comenzó tranquilizando á todos, diciéndoles: «Que estaban en poder del pueblo romano, que prefería sujetar los corazones con beneficios antes que con el temor, y unirse las naciones extranjeras con los lazos de la buena fe y de la amistad, á imponerles el yugo de cruel esclavitud.» En seguida preguntó el nombre de las ciudades y el número de rehenes de cada una y envió mensajeros para invitar á los padres á que viniesen á recoger sus hijos. Los rehenes que pertenecían á aquellas ciudades cuyos legados estaban presentes, pasaron desde luego á poder de éstos, encargando los demás á la custodia y benignidad del cuestor C. Flaminio. Cuando se ocupaba de estas cosas Escipión, una mujer muy anciana, esposa de Mandonio, hermano de

Indibilis, jefe de los ilergetas, atravesó la multitud, se arrojó llorando á los pies del general y le suplicó: «que recomendase especialmente á los guardias el respeto y miramiento con las mujeres.» Contestando Escipión que no carecerían de nada, replicó: «no nos preocupa ese frívolo interés. ¿No es bueno todo en nuestra posición? Otras alarmas siento cuando considero la tierna edad de estas jóvenes; porque en cuanto á mí no tengo que temer los ultrajes de que puede ser objeto una mujer.» En derredor suyo tenía las hijas de Indibilis, en la flor de la edad y de la belleza, y otras muchas también del mismo rango que la reverenciaban como á su propia madre. Escipión le dijo: «Mi honor y el del pueblo romano me imponen el deber de conservar inviolable en mi campamento lo que en todas partes respeta-se; pero este deber me lo hace más sagrado vuestra virtud y noble ruego, porque ni el mismo infortunio os ha hecho olvidar el decoro de la matrona.» En seguida confió aquellas prisioneras á la custodia de un oficial de costumbres irrepreensibles, ordenándole que las tratara con el respeto y miramiento que se debe á las esposas y madres de los propios huéspedes.

Poco después los soldados llevaron á su presencia á una princesa joven, de tan peregrina hermosura, que atraía todas las miradas á su paso. Escipión se informó de su patria y su familia, enterándose, entre otras cosas, de que era la prometida de un jefe de los celtibéricos, llamado Alucio. En seguida llamó á los padres y al futuro esposo, y sabiendo que amaba apasionadamente á la joven cautiva, le dirigió á su llegada las palabras más afectuosas, antes de dar audiencia á los padres. «Soy joven y hablo á un joven, por lo que pueden tener más libertad mis palabras. Al traerme mis soldados cautiva á tu prometida, hanme dicho que la amas con pasión, y su belleza me lo ha hecho creer fácilmente.

Mi edad me permitiría también entregarme á las dulzuras del amor casto y legítimo, si los intereses de la república no ocupasen por completo mi corazón, y hasta creería digno de indulgencia el exceso mismo de mi pasión por una joven esposa; debo, pues, ya que la fortuna me lo permite, favorecer también tu amor. Tu prometida ha sido respetada en mi campamento como lo habría sido en casa de sus padres. Te la he conservado como inviolable depósito para hacerte un regalo digno de ti y de mí. El único precio que pongo á este favor, es que seas amigo del pueblo romano; si me crees honrado, como mi padre y mi tío se presentaron á estas naciones, sabe que en Roma hay muchos ciudadanos que se me parecen, y que hoy no existe en la tierra pueblo del que, por ti y por tu patria, debas temer tanto el odio y buscar la amistad.» El joven, confuso y á la vez rebosando alegría, tomó la mano de Escipión y conjuró á todos los dioses para que se encargaran de su agradecimiento, puesto que él no podía pagar dignamente aquel beneficio. En seguida presentaron al padre, la madre y parientes de la joven cautiva, quienes habían traído considerable cantidad de dinero para rescatarla; pero viendo que Escipión se la entregaba sin rescate, rogáronle que aceptase aquella cantidad á título de regalo, asegurándole que no agradecerían menos aquel nuevo favor que su primer beneficio. Vencido Escipión por su insistencia, contestó que aceptaba, hizo colocar el oro á sus pies, y dirigiéndose en seguida á Alucio, dijo: «Además de la dote que recibirás de tu suegro, recibe de mí ese regalo de boda,» invitándole en el acto á que hiciese retirar el oro y dispusiese de él como suyo. Colmado Alucio de honores y beneficios, se retiró regocijado; y de regreso en su país, no cesó de hablar á sus compatriotas de las virtudes de Escipión, «joven héroe, parecido solamente á los dioses, venido á Espa-

na para subyugar todo con sus armas, su clemencia y generosidad. Por esta razón se apresuró á hacerlevas entre sus clientes y volvió pocos días después á presentarse á Escipión al frente de mil cuatrocientos jinetes escogidos.

Escipión retuvo algún tiempo á Lelio á su lado, para disponer, según sus consejos, la suerte de los cautivos y de los rehenes y la distribución del botín. Tomadas todas las disposiciones, le dió una quinquerreme, en la que embarcó á Magón y á quince senadores hechos prisioneros con él, y les envió á llevar á Roma la noticia de su victoria. Por su parte dedicó los pocos días que se había propuesto pasar en Cartagena en ejercitar las tropas de tierra y de mar. En el primer día, las legiones armadas recorrieron delante de él un espacio de cuatro millas; el segundo recibieron orden de limpiar y pulir las armas delante de las tiendas; en el tercero, simulaban una batalla campal atacándose con armas embotadas; el cuarto, lo dedicaron al descanso, y el quinto á nuevas evoluciones militares. Esta alternativa de trabajo y descanso continuó todo el tiempo que permanecieron las tropas en Cartagena. Las tripulaciones y soldados de marina salían á alta mar cuando estaba tranquila, y ensayaban la velocidad de sus naves por medio de simulacros de combates navales. Tales eran fuera de la ciudad, por mar y tierra, los ejercicios que preparaban el ánimo y el cuerpo para los trabajos verdaderos de los combates. El interior de la ciudad no presentaba aspecto menos belicoso, resonando con el ruido de toda clase de obreros reunidos en los talleres públicos. El general lo vigilaba todo á la vez; en tanto se encontraba en la flota ocupado del ejército naval, en tanto hacía desfilar las legiones; unas veces empleaba el tiempo en inspeccionar los trabajos que multitud de obreros realizaban diariamente y á porfía, en talleres, arsenales

y astilleros. Después de dar este impulso á los trabajos, reparado las brechas de las murallas y dejado guarnición suficiente para la defensa de la ciudad, partió para Tarragona, recibiendo en el camino considerable número de legaciones: á unas contestó sin detenerse y á otras las citó para Tarragona, donde había convocado la asamblea de todos los aliados, tanto antiguos como modernos. Reuniéronse allí también los legados de casi todos los pueblos que habitan aquende el Ebro, y muchos hasta de las provincias del lado opuesto. Los jefes cartagineses sofocaron al principio el rumor de la toma de Cartagena; pero cuando el acontecimiento se divulgó bastante para que fuese posible ocultarlo ó disimularlo, procuraron rebajar el mérito del triunfo. Atacada de improviso y casi furtivamente, la ciudad había sido tomada en un día, y este acontecimiento tan pequeño lo había convertido en conquista importante la vanidad de un joven, orgulloso de sus comienzos y en el exceso de su alegría. Pero cuando se enterase de que tres generales, tres ejércitos victoriosos marchaban para combatirle, recordaría muy pronto sus desgracias domésticas. Así hablaban en público, pero no ignoraban cuánto les había debilitado para lo sucesivo la pérdida de Cartagena.

Realizaban diariamente y á porfía, en talleres, arsenales y astilleros. Después de dar este impulso á los trabajos, reparado las brechas de las murallas y dejado guarnición suficiente para la defensa de la ciudad, partió para Tarragona, recibiendo en el camino considerable número de legaciones: á unas contestó sin detenerse y á otras las citó para Tarragona, donde había convocado la asamblea de todos los aliados, tanto antiguos como modernos. Reuniéronse allí también los legados de casi todos los pueblos que habitan aquende el Ebro, y muchos hasta de las provincias del lado opuesto. Los jefes cartagineses sofocaron al principio el rumor de la toma de Cartagena; pero cuando el acontecimiento se divulgó bastante para que fuese posible ocultarlo ó disimularlo, procuraron rebajar el mérito del triunfo. Atacada de improviso y casi furtivamente, la ciudad había sido tomada en un día, y este acontecimiento tan pequeño lo había convertido en conquista importante la vanidad de un joven, orgulloso de sus comienzos y en el exceso de su alegría. Pero cuando se enterase de que tres generales, tres ejércitos victoriosos marchaban para combatirle, recordaría muy pronto sus desgracias domésticas. Así hablaban en público, pero no ignoraban cuánto les había debilitado para lo sucesivo la pérdida de Cartagena.